

NICOLÁS EN MYRA - N

1º-3º

Durante muchos meses, el sol había estado ardiendo en la tierra día tras día. La hierba se tornó marrón y crujió, rompiéndose, al viento. El grano se marchitó en los campos. Incluso en los árboles grandes, las hojas comenzaron a languidecer. Ni una nube cubrió el sol ardiente durante una hora. No quería llover y no quería. Los pozos de agua se habían secado hacía mucho tiempo. Sólo los más profundos seguían conteniendo una poca. Algunas personas se nutrieron de ella llevándola en cántaros a casa. Los animales no encontraron una hierba verde. Entonces se desató una hambruna en todo el país.

En la ciudad de Myra, las despensas se habían llegado a vaciar ya hacía mucho tiempo. Incluso pagando mucho dinero no se encontraba nada comestible para comprar. Los niños lloraban y pedían pan a gritos. Pero las madres ni siquiera podían darles una corteza dura.

Las ratas solían correr por las calles a plena luz del día y buscar comida en los callejones. Pero tampoco encontraban nada.

Entonces, un día, tres barcos se vieron aparecer en la lejanía acercándose al puerto. Venían de la remota ciudad de Alejandría. Pareciese que estaban muy cargados porque se hundían más allá del espejo del agua. Parece que el peso en ellos era grano que conducían a la ciudad imperial de Constantinopla.

Nicolás era obispo en la ciudad de Myra en ese momento. Ese día en el que los barcos se dirigían al puerto, el buen hombre se puso en marcha, pues quería visitar a una persona enferma.

En el camino, vio a un niño corriendo por las calles hacia el puerto. A pesar de tener prisa, el muchacho escondía cuidadosamente una paloma bajo su túnica.

-*"¿Quién eres?"*, le preguntó el obispo al niño y caminó a su lado.

-*"Soy Jonás. Llevo mi paloma escondida para que no me la quite nadie"*

-*"Está muy cansada y hambrienta"*, se lamentó el niño.

-*"Anteayer le di el último grano de maíz que me quedaba. Desde ayer no ha movido ni una pluma"*

-*"¿Y a dónde vas con tanta prisa?"* —preguntó el obispo.

-*"Voy al puerto, señor obispo. Se dice que tres barcos amarraron allí"*

-*"¿Tres barcos?"* El obispo estaba asombrado.

-*"¿Qué hacen los barcos en nuestro pobre puerto? No tenemos nada que los atraiga"*.

-“Los barcos están cargados hasta arriba” -dijo el muchacho-.

-“Son barcos de maíz. Vienen de Alejandría y se dirigen a Constantinopla”.

Entonces Nicolás tomó al niño de la mano y se encaminó con él al puerto pensando: *¡Barcos cargados de maíz podrían ser la salvación para la gente de Myra. Con los granos se sacaría harina y se podría hornear pan, lo que saciaría a la gente. Sí, el grano traería el fin de la hambruna. Ya nadie tendría que morir de hambre. Pan, sí, eso nos devolvería la esperanza!*

Mucha gente se agolpó en un espacio abierto frente al puerto. Se habían apresurado porque querían ver los barcos. Cada cual esperaba poder comprar maíz.

-“Voy a conseguir maíz para mi paloma” -dijo el muchacho, pues su estómago rugía de hambre.

-“Y yo también quisiera tener grano”

Pero no se escucharon vítores. Nadie lanzó gritos de alegría. La gente se quedó en silencio mirando fijamente a los barcos. Cuando éstos amarraron, los marineros bajaron y se pusieron a un lado. Llevaban lanzas en las manos. Amenazantemente, apuntaban con la punta de sus armas a la multitud. Jonás, con la paloma, sujetó la mano del obispo con mucha fuerza. Se veía el miedo en los rostros ceñudos de los marineros.

Nicolás se abrió paso entre la multitud hasta la muralla del puerto.

-“¿Dónde está el capitán jefe de estos barcos?” -exclamó- “Quiero hablar con él”.

-“Yo soy el capitán y el que manda aquí” -respondió un hombre alto de barba negra-.

-“¿Puedo subir al barco?”, preguntó el obispo.

-“Suba al barco, pero solo” -dijo el capitán-.

Dos marineros empujaron una tabla estrecha desde el barco hasta el malecón. Nicolás se agarraba al niño y subió así sobre la pasarela. El tablón se balanceó. El obispo se sintió un poco mareado, pero Jonás lo siguió ayudando valientemente con la paloma, tomó su mano y condujo al viejo hombre a través la pasarela. Ambos llegaron sanos y salvos a bordo de la nave.

-“¿Qué quiere usted de mí?” -preguntó el capitán.

-“Verá, capitán, la gente de Myra está muy hambrienta. No se puede comprar pan en ningún lugar de toda la región. Veo que sus tinajas están llenas de grano hasta arriba. Por favor, venda a la gente parte de su carga”.

-“No puedo hacer tal cosa” -refunfuñó el capitán-. “En Alejandría, la carga se pesó con gran exactitud. Ni un grano de más, ni un grano de menos. Usted mismo sabe lo que le sucede a un capitán que no entrega su cargamento completo en ese país: le cortan la cabeza”.

-*"Pero la gente morirá si no se le ayuda"*, dijo el obispo.

El capitán pensó por un momento. Pero luego sacudió la cabeza y dijo:

-*"Aprecio más mi cabeza que a su hambre. Si tuviera dos, probablemente me atrevería a ayudarle a sacarle de su problema"*.

-*"¿No alimentó nuestro Salvador a la multitud con cinco panes? ¿No sobraron canastas llenas de pan y pescado en aquel momento?"*-preguntó el obispo.

-*"Ayúdenos ... y no faltará ni un grano de su cargamento"*.

-*"Conozco muy bien la parábola de Jesús"* -dijo el capitán-. *"Si es cierto que no me faltará ni un solo grano, entonces le ayudaré"*.

El capitán sacó un trozo de piedra-tiza de su bolsillo. Bajó por una escalera de cuerda hasta el agua. Exactamente donde la superficie del agua mojaba los tablones del barco, marcó una línea. Curioso, Jonás se inclinó sobre la barandilla a observar con la paloma.

-*"Ya veremos"* -dijo el capitán con malicia-. *"Puede bajar la cantidad de grano que quiera. Pero no se lo llevará, sino que lo verterá en el pavimento del puerto. Cuando la carga en el barco se vuelva más ligera, emergerá fuera del agua: la raya de tiza se elevará más alto y se dejará ver. Y cuando esto suceda, tendrá que volver a cargar todo el grano y ... sin protestar"*. Nicolás asintió.

-*"Pero si lo que afirmas del milagro se cumple..."* -continuó el capitán-, *"... entonces el barco no se levantará ni un milímetro, y la raya permanecerá exactamente al nivel del agua. La carga, como dijo usted, no se aligerará. Y en tal caso, podrá quedarse con el grano que se haya descargado"*.

Los marineros se rieron. Sabían el resultado de antemano.

-*"¿Por qué se ríe?"* -preguntó Jonás al viejo marinero que estaba a su lado.

-*"¿Alguien ha visto alguna vez que un barco no emerja fuera del agua cuando se descarga?"*, respondió el marinero.

-*"El obispo Nicolás nunca miente; espere y verá"* -dijo Jonás.

Entonces el viejo marinero acarició muy suavemente las plumas de la paloma con sus ásperas manos, se agachó, agarró un puñado de los granos y los metió en el bolsillo del niño.

-*"Ahí está ..."* -dijo-, *"... para que no te creas todo lo que dicen"*.

A algunos de los hombres de Myra se les permitió subir sobre el tablón y bajar a la bodega del barco. Cargaron el grano en sacos, levantaron la carga sobre sus hombros y la arrastraron hasta la orilla. Allí vertieron los granos sobre el pavimento de piedra. Poco a poco, se elevaron formando una colina.

-*"¡Basta ya!"* –exclamó el capitán–. *"Queremos ver"*.

Todos los hombres de Myra tuvieron que abandonar la embarcación. El capitán se inclinó sobre la baranda del barco y miró la raya de tiza. No podía creer lo que veían sus ojos, ... así que bajó por la escalera y comprobó que la raya y el nivel del agua seguían a la misma altura. Con incredulidad, se quedó atónico mirando bien los tablones negros de la quilla, pero, no había duda: la raya y el nivel del agua seguían unidos. *"¡Tal vez no fuera suficiente la descarga!"*, pensó, y entonces ordenó:

-*"¡Sigán! ¡Bajen más grano!"*

-*"¿Lo ve?"* –dijo Jonás al viejo marinero–.

Luego metió sus manos en el bolsillo, - pues no había tocado el maíz que el marinero le había metido -, sacó unos granos y, sobre su palma abierta, se los dio a la paloma para que, ansiosa, picoteara uno tras otro.

Los hombres aun vaciaron muchos costales. Finalmente la montaña de grano creció tan alta que nadie podía mirar al otro lado. El capitán, sin embargo, no quitó los ojos de la línea blanca, pero ésta no se elevó ni un dedo del agua. Los mismos marineros también comprobaban atónitos que en la bodega del barco no disminuía el grano, por mucho que los hombres siguieran sacando.

-*"¡Basta ya!"*, dijo al fin el obispo.

-*"Tenemos suficiente grano para comer hasta la próxima cosecha y también para la nueva siembra. El hambre ha tocado fin"*

Entonces todos cayeron de rodillas. Se cantó, se alabó y se agradeció a Dios. Algunos sólo se quedaron pensando en el milagro que habían presenciado con sus propios ojos, y otros en el hambre del que habían sido salvados tan milagrosamente.

Los marineros, sin embargo, dejaron caer sus lanzas y abandonaron su postura. La gente de Myra se acercó a ellos y todos se abrazaron. Estaban felices y vitorearon al obispo Nicolás. Éste nombró a diferentes personas para que distribuyeran parte del grano a la gente.

Jonás, con el arrullo de la paloma sobre sus hombros oyó una voz fuerte que decía:

-*"¡Él lo creyó desde el principio!"* – señalaba el viejo marinero en la plaza–.

Más tarde, los tres barcos zarparon de nuevo hacia la lejana ciudad de Constantinopla. La paloma, sin embargo, movió sus alas, se elevó en el aire y acompañó unos momentos a las embarcaciones mar adentro. Sólo entonces regresó con Jonás.

Cualquiera que conozca esta leyenda sabe por qué los pobres y hambrientos veneran particularmente a San Nicolás. Incluso hoy en día, los niños cantan 🎵:

Vicente García S.



1. Ni - co - lás, oh, Ni - co - lás, a - yú - da - nos a en - con - trar a - li - men - to pa - ra
2. Ni - co - lás, oh, Ni - co - lás, tres bar - cos ya van a rri - bar en el puer - to y car



la ciu - dad, ven a nues - tras ca - sas ya. ¡Ni - co - lás, Ni - co - lás, ya!
ga - dos van, ven a ob - te - ner el pan. ¡Ni - co - lás, Ni - co - lás, pan!



1. ¡Da - nos el ma - íz pa - ra
de ham - bre no mo - rir! ¡E - res san - to siem - pre a - quí! _____
2. ¡Un mi - la - gro a - sí tú lo
pue - des pro - du - cir! ¡E - res san - to gran - de a - quí! _____

Aportación de IdeasWaldorf